

Ernest Gellner como crítico del pensamiento social

Nacionalismo, sistemas

cerrados y tradición centroeuropea ①

Daniele Conversi

Daniele Conversi, politólogo especializado en cuestiones relacionadas con el nacionalismo, ha sido profesor asociado en la Universidad Centroeuropea de Budapest y actualmente es *senior lecturer* en la Universidad de Lincolnshire (Reino Unido). Es autor de una nutrida obra dispersa en revistas especializadas y de los libros *The Basques, the Catalans, and Spain: Alternative Routes to Nationalist Mobilization* (University of Nevada Press, 1997) y *Theories of Nationalism and Ethnicity* (de próxima aparición).

La modernidad y el nacionalismo se hallan intrínsecamente ligados. El veredicto lo comparan la mayoría de los estudiosos del nacionalismo e incluso los «antimodernistas» suscriben, al menos parcialmente, este punto de vista, si bien prefieren centrar la atención en las raíces más antiguas de la doctrina nacionalista. Pero probablemente nadie ha tratado esta relación mejor, con un rigor tan marcado, que Ernest Gellner (1925-1995). Porque Gellner describe, valiéndose de metáforas poderosas y con lucidez «matemática», el surgimiento del nacionalismo como secuela del paso de la sociedad agraria a la sociedad industrial. En este tránsito, la base y la legitimación del orden social cambian, pasando de lo religioso-teocrático a lo científico y secular.

En términos más generales, el nacionalismo es visto como una reacción «espontánea» generada por la necesidad que tiene la industria de una fuerza de trabajo semicualificada y móvil, lo que requiere la existencia de un sistema educativo común que utilice una lengua estandarizada común. La función de la educación universal es producir individuos homogeneizados, fácilmente «sustituibles»: de esta suerte, la nación se convierte básicamente en una empresa cultural. En otras palabras, el hombre debe ser reinstalado en una cultura común sin falla y esta última debe ser salvaguardada y protegida por el Estado.

Sorprendentemente, Gellner no menciona el papel del ejército como árbitro último en este proceso que marcha como una apisonadora. En otras palabras, la coerción no aparece en la ecuación y la fatalidad ocupa su lugar ②. Casi no se menciona el papel aterrador, profundamente perturbador, del servicio militar obligatorio, por no hablar de su uso en las guerras y las masacres ③. En realidad, no se hallará, como en George Mosse, una visión crítica de la «nacionalización de las masas» (cosa bastante distinta del nacionalismo) que *precedió* y acompañó al auge del totalitarismo ④. Para Gellner esto es el resultado de alguna forma de imperativo inexorable, el imperativo de la modernización, del que no hay escapatoria.

A pesar de este elemento de ineluctabilidad, la interpretación del nacionalismo de Gellner estaba influida en alto grado por su enfoque «abierto» así como por su formación funcionalista: el intento de explicar los fenómenos sociológicos según el papel o función que desempeñasen en la construcción de la cohesión social. Esta actitud racionalista tenía como correlato hacer *tabula rasa* de todo conjuro o mistificación ideológica y de cualquier rígido dogmatismo. En este artículo identificaremos los principales elementos de juicio de carácter filosófico de que se servía Gellner y que son especialmente reconocibles en *Language and Solitude*, libro póstumo que constituye una crítica de Wittgenstein y en el que estuvo trabajando los meses anteriores a su prematura muerte ⑤. Sin embargo, consideraremos el libro como una continuación, si no culminación, de la –relativamente menos conocida– aportación filosófica de Gellner.

① Agradezco a Mark Notturmo sus muy valiosos comentarios sobre el enfoque teórico de Karl Popper:

② Sin embargo, Gellner dedicó todo un libro a la relación triádica entre *producción, coerción y cognición* en tanto que crisoles de todas las transformaciones sociales: *Plough, Sword and Book: The Structure of Human History*, Londres: Paladin Grafton Books, 1991 (trad. cast.: *El arado, la espada, y el libro. La estructura de la historia humana*, Península, Barcelona, 1994).

③ Sin embargo, las calamitosas consecuencias de los avances tecnológicos y la difusión de armas de destrucción masiva en posesión de las dictaduras del Tercer Mundo sí que son discutidas en *Conditions of Liberty*, pp. 172-178. El caso específico del *establishment* militar turco como guardián auto-proclamado del Estado "occidentalizado" se trata en *Encounters with Nationalism*, pp. 82-89.

④ George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Ithaca: Cornell University Press, 1991.

⑤ *Language and Solitude: Wittgenstein, Malinowski, and the Habsburg Dilemma*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

Popper, Wittgenstein y Malinowski: tres facetas del legado habsburguiano

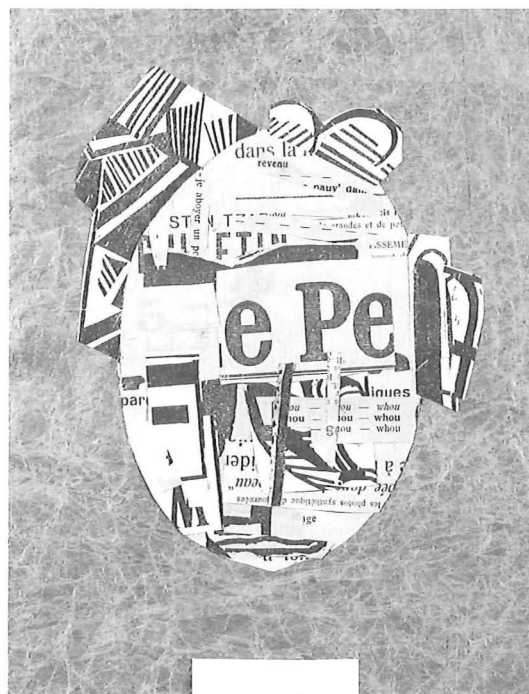
④ Como antropólogo Gellner no podía compartir las concepciones eurocéntricas de Popper; como su estereotipo acerca de las sociedades tribales como "sistemas cerrados" ideales (véase *Thought and Change*, Londres, Weidenfeld & Nicolson/ Chicago, University of Chicago Press, 1964, pp. 84-85). Otros motivos de crítica eran el enfoque personal de Popper y sus métodos de enseñanza, sus relaciones excesivamente densas con sus seguidores y sus posiciones políticas tan directas.

⑦ *Conditions of Liberty: Civil Society and its Rivals*, Nueva York: Allen Lane/Penguin Press, 1994 (Trad. cast.: *Las condiciones de la libertad. La sociedad civil y sus rivales*, Paidós, Barcelona, 1995).

⑧ *Conditions of Liberty*, p. 89.

(1902-1994), aun cuando en ocasiones sus relaciones con el «maestro» fuesen críticas y difíciles. ⑥ El hilo subyacente en toda la crítica filosófica y social de Gellner es un ataque a los «sistemas cerrados» de pensamiento, esto es, aquellos sistemas que no pueden ser falsados por la crítica independiente y externa, y cuyas herramientas analíticas son trasladadas a los seguidores a condición de que compartan las premisas básicas de la «fe». Su compromiso con una ciencia social abierta implicaba la lucha contra las inclinaciones ideológicas en el seno de la academia y, por tanto, contra el periódico resurgimiento de paradigmas no falsables. En general, aunque adoptaba el método popperiano de refutación, la preocupación de Gellner se centraba más en una ciencia social abierta que en una sociedad abierta. Al mismo tiempo, sus preferencias por la economía de «libre mercado» (como algo bien distinto del concepto de «sociedad abierta») estaban teñidas de desencanto, rayano en ocasiones en el pesimismo. Por ejemplo, en otra recopilación de ensayos ponderaba las diferentes vías para proteger a los ciudadanos de los excesos del mercado ⑦. Al igual que Popper, era consciente de que una difusión sin trabas del modelo de mercado de la concurrencia universal llevaría a un cataclismo social y ecológico, como lo haría una expansión tecnológica incontrolada: «Un uso sin restricciones (de la tecnología)... muy probablemente conduciría a un colapso total del medio ambiente y del orden social.» ⑧

En comparación con Gellner, Popper manifestaba de una forma más abierta y franca sus posiciones políticas. Mientras el primero mantenía una neutralidad política *de rigueur* en sus escritos, el compromiso de Popper con el ideal de una sociedad abierta se expresaba sin compromisos. Además, lo plasmaba en opciones políticas concretas y en declaraciones públicas (que le llevaron a ejercer una influencia relevante en el pensamiento conservador británico durante la era Thatcher). Pero Popper no se ahorró a sí mismo el riesgo del aislamiento. Así, en el ambiente filoserbio que reinó durante un tiempo en la Gran Bretaña *tory*, fue



una de las voces desesperadas que protestaron con vehemencia contra el ascenso y las consecuencias del nacionalismo serbio, que para él presagiaba la trágica negación de todos los principios básicos de una sociedad abierta, inaugurando una era de horror sin precedente. En medio del triste escenario del *appeasement* británico, en una de sus últimas declaraciones públicas, Popper se atrevió a pedir que se efectuasen bombardeos aéreos sobre las fuerzas serbias como medio para lograr el fin de las hostilidades, exclamando sin titubear: «Hay que pararla ahora [la agresión serbia], porque los asesinatos siguen. Hay que pararla en bien del futuro de la humanidad, no sólo de Europa.» ⑨ Difícilmente podríamos imaginar una afirmación tan abierta procedente de Gellner, aunque éste compartía, sin duda, muchas de las ansiedades liberales subyacentes.

⑨ "Political guru urges Balkan air attacks", *The Independent*, 18 marzo 1993, p. 6. Sabemos que esta y similares peticiones de intervención realizadas por importantes personalidades cayeron en saco roto.

nada totalmente por el «segundo» Wittgenstein, viene a decir que un enunciado sólo tiene sentido si es empíricamente verificable por observación directa o indirecta. Popper atacaba esta idea con saña, diciendo que el énfasis de los positivistas en el criterio de la verificabilidad no superaba la prueba más elemental. Respalda su postura señalando que con frecuencia las leyes científicas no son empíricamente verificables ⑰.

⑰ Mark Notturmo, comunicación personal.

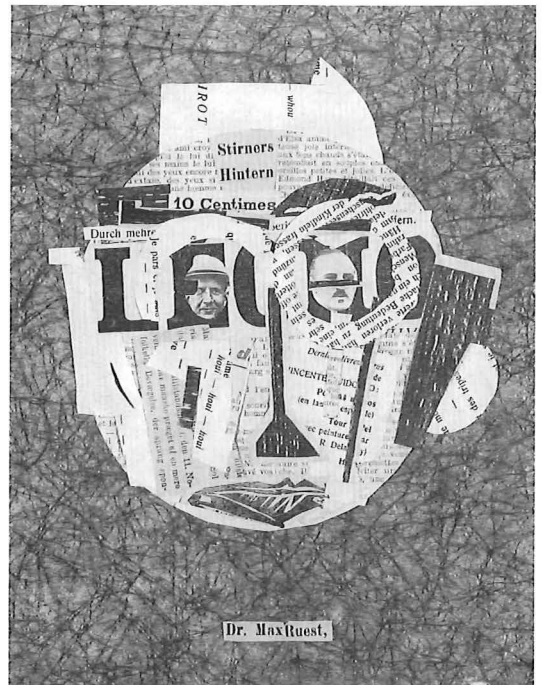
Nos hemos referido hasta aquí a la influencia (positiva y negativa, respectivamente) ejercida por Popper y Wittgenstein. El tercer elemento de la tríada procedía asimismo de la tradición centroeuropea de los Habsburgo: era el antropólogo social, de origen polaco, Bronislaw Malinowski (1884-1942) ⑱. De todos los antropólogos, Malinowski fue el destinatario de la admiración más rendida de Gellner, aunque nunca se conocieron personalmente. Metodológicamente, todo el edificio *funcionalista* que informa y sostiene el encuentro de Gellner con el nacionalismo, procede de Malinowski. Lo que llamó «la revolución malinowskiana... nació de la traslación de prácticas propias de la Europa Oriental a Occidente, proveyéndolas de una racionalización occidental. Un antropólogo occidental había sido un hombre que se inspiraba en el darwinismo para estudiar la historia de la humanidad anterior a la escritura; un etnógrafo europeo oriental era un hombre inspirado por el amor a su nación (de la que a menudo era oriundo sólo a medias) para estudiar, codificar y, por tanto, proteger su cultura... Malinowski adoptó este estilo populista-nacionalista de investigación

⑱ "Sir James Frazer and Cambridge Anthropology", en Richard Mason, ed., *Cambridge Minds*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

étnica, lo trasladó de los habitantes de los Cárpatos a los trobriandeses, lo dotó de una forma ultraempirista y cuasibiológica que había aprendido de Ernst Mach y lo llamó (primero en broma) *funcionalismo*. Sin embargo, al separar la etnografía de la historia especulativa, Malinowski la privó también de su utilidad como propaganda nacionalista...» ⑲. Gellner «redescubrió» el último escrito de Malinowski, *Freedom and Civilization* (1944), entendiendo que contenía algunas sugerencias de enorme valor para los estudiosos del nacionalismo ⑳. Malinowski rechazaba tanto el nacionalismo como el cosmopolitismo, participando, así, de la concepción centroeuropea de la «autonomía cultural», esto es, el intento de preservar y proteger las diferencias culturales en el seno del orden político existente (evitando, por consiguiente, las trampas tanto del separatismo como del centralismo estatalista). Si bien este «plan» nunca llegó a aplicarse históricamente, debido al despliegue de nacionalismos mutuamente destructores, Malinowski apuntaba una alternativa de gran interés y el embrión de una posible salida del *impasse* nacionalista.

⑲ *Anthropology and Politics*, pp. IX-X.

⑳ Bronislaw Malinowski, *Freedom and Civilization*, Westport, Greenwood Press, 1976 [ed. or., Nueva York, Roy Publishers, 1944]. Sobre la visión de Gellner de la concepción malinowskiana del nacionalismo, véase asimismo "A non-nationalist Pole", en *Encounters with Nationalism* (pp. 74-80) y la aportación de Gellner a Roy Ellen, ed., *Malinowski between two worlds: the polish roots of an anthropological tradition*, Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press, 1988.



Como se sabe, Malinowski fue, por su parte, discípulo de Sir James Frazer (1854-1941), quien fue director de sus estudios de doctorado en la London School of Economics. La influencia de este último es mucho menos notable en los escritos de Gellner, salvo quizás en su obra sobre los sistemas de parentesco ㉑. En *Language and Solitude* el papel positivo de Malinowski se evalúa comparativamente con el de Wittgenstein en el contexto político del Imperio de los Habsburgo. Wittgenstein aparece como totalmente desinteresado de la política, como alguien que asumía de

㉑ *The Concept of Kinship and Other Essays on Anthropological Tradition*, Oxford, B. Blackwell, 1987.

27 *Language and Solitude*, pp. 76, 85-87, 90-91, 98, 145 y 188.

28 *Id.*, p. 143.

29 *Id.*, p. 144.

30 *Ibid.*

31 *Id.*, pp. 146 y 155-156.

32 *Id.*, p. 113.

forma inconsciente e irreflexiva los supuestos establecidos de su tiempo y ambiente 27. Malinowski, en cambio, emerge como un ciudadano polaco profundamente consciente que reconoce los méritos de la política habsburguiana de «gobierno indirecto» (como el sistema británico de administración imperial) y que se preocupaba ante las convulsiones nacionalistas 28. Pero aunque Malinowski no era un nacionalista político, no dejaba de ser un nacionalista cultural de corazón. Gellner subraya esta distinción, a la vez que señala que esta postura de Malinowski en apoyo de la «absoluta libertad de expresión cultural», la preservación de la personalidad cultural diferenciada y de un pluralismo cultural despolitizado es la única solución humana, «la única con algunas perspectivas de aplicación sin causar pérdidas mayores de vidas» 29. Al mismo tiempo, esta insistencia en la personalidad cultural diferenciada y su desvinculación del poder político implica una suerte de desterritorialización: «La cultura no es necesariamente territorial, aunque ella misma deje su huella sobre el paisaje.» 30

Finalmente, Gellner postula la posible influencia de las ideas de Malinowski acerca del lenguaje en el «segundo» Wittgenstein 31. Las formulaciones de Wittgenstein a este respecto, ciertamente, fueron posteriores, por lo que no deja de ser plausible que estuviese directa o indirectamente influido por Malinowski, a pesar de que nunca reconoció tal cosa. No obstante, no había nada nuevo en tales ideas: eran meramente parte del *Zeitgeist* prevaleciente en el imperio de los Habsburgo en sus postrimerías y en los años inmediatamente posteriores. El logro intelectual de Malinowski se sitúa en otra cosa: en haber reemplazado a Frazer en tanto que «el antropólogo paradigmático», un desplazamiento que supuso «una completa ruptura, una *coupure*» en el seno de la antropología 32. Consistió en el tránsito radical de la teoría evolucionista darwiniana al método de la explicación funcional, un cambio de paradigma que tuvo ulteriormente un impacto enorme en las otras ciencias sociales y en el pensamiento político. Y que es fundamental para la lectura que el propio Gellner hace del nacionalismo.

¿Una cruzada antirrelativista?

El rechazo por Gellner del pensamiento relativista era parte de una preocupación de índole más general por el sino de la ciencia social británica, en la que diagnosticaba el predominio de una especie de «expiación de la culpa colonial». Este legado imperial inhibía el debate interno como una bruma maligna, entorpeciendo toda posibilidad de escrutinio racional. Los desarrollos «antirracionalistas» que se daban en esta situación incluían la hermenéutica, la fenomenología, 33 la etnometodología, 34 el existencialismo, 35 la antropología interpretativa, 36 y —obviamente— el relativismo filosófico y lingüístico, la suma total de lo cual sancionaba una situación de estúpido retroceso de las ciencias sociales. Más en general, criticaba el marxismo, el difusionismo ideológico, el idealismo, el feminismo, el postmodernismo y el psicoanálisis 37. El fundador de los «estudios culturales», Raymond Williams, era calificado de «organicista romántico» de la línea Burke-Wordsworth-Coleridge, 38 cuya nostalgia «pugnaba por dar una visión romántica de la cultura de una vieja clase obrera» (hecho este que, como tal, no era en absoluto despreciable, pero que debía ser reconocido como lo que era en realidad) 39.

De las tres formas posibles de tratar con la modernidad (racionalismo, fundamentalismo, relativismo), Gellner se situaba firmemente en la primera. Sin embargo, su animosidad hacia el oportunismo relativista alcanzaba tales proporciones que parecía simpatizar más bien con el segundo elemento de la tríada: «El fundamentalismo es en parte una reacción a esa suerte de fácil ecumenismo relativista que acuerda tolerancia y mútua compatibilidad a cambio de vaciar tácitamente a la fe de su contenido. Afirma que, por el contrario, la fe y su contenido deberían ser tomadas seriamente, que la fe significa exactamente lo que dice... A menos que el mensaje sea tomado literalmente y seriamente, deja de tener esa capacidad de guiar y orientar que se espera de él.» 40 En otras

33 *Anthropology and Politics*, pp. 20-26.

34 Sobre la etnometodología, véase "The Re-Enchantment Industry, or the Californian way to subjectivity", *Philosophy of the Social Sciences*, vol. 5, núm. 4, diciembre 1975, pp. 431-450 (incluido como cap. 2 en *Spectacles & Predicaments*).

35 "Period Piece", *The Spectator*, vol. 237, 23 oct. 1975, pp. 23-24; véase asimismo una versión ampliada en *Spectacles & Predicaments* (cap. 4).

36 *Anthropology and Politics*, p. X.

37 *The Psychoanalytic Movement: The Cunning of Unreason*, Londres: Fontana Press, 1993 (1ª ed., Londres: Paladin, 1985; ed. norteamericana, Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1996), p. 223.

38 *Language and Solitude*, p. 9.

39 *Id.*, p. 10.

40 *Encounters with Nationalism*, pp. 4-5.

palabras, su rechazo del relativismo filosófico le lleva a compararlo de manera desfavorable con el fundamentalismo religioso, que consideraba un intento de rescatar la fe verdadera de las cadenas de la confusión, el desorden y el *laissez-faire* relativistas (un espacio y una visión que comparte el racionalismo).

Si bien Gellner no escribió mucho sobre feminismo, a menudo lo subsumía bajo la rúbrica del postmodernismo (término que, en principio, le desagradaba) ②. El uso desinhibido y consciente que hacía de fórmulas androcéntricas («el» en vez de «el/ella» y así sucesivamente) denota un rechazo pertinaz a ajustarse personalmente a las modas dominantes de lo «políticamente correcto». Como el nacionalismo, el feminismo era una respuesta tardía a la necesidad de fuerza de trabajo fácilmente sustituible, indiferenciada y móvil que tenía el mercado, lo que llevaba a poner énfasis en una educación uniforme y en una omnipresente ética de la igualdad. El feminismo, por tanto, compartía la misma *Weltanschauung* que el nacionalismo, parasitaria del igualitarismo omnipresente propio de la modernidad. En este espíritu, Gellner le dio la vuelta a todos los supuestos de corte idealista con una sola frase: «La sociedad moderna no es móvil porque sea igualitaria; es igualitaria porque es móvil.» ③

Entre las figuras relevantes, fue objeto de los dardos críticos de Gellner, por ejemplo, Paul Feyerabend (n. 1924) y su anarquismo antimetodológico y confesado «dadaísmo flipante» ④. También atacó la vaguedad, inconcreción y «tercermundismo» de Jean-Paul Sartre (1905-1980) y, en general, la deformación de la realidad de los otros existencialistas ⑤. Como origen del existencialismo identificaba a Soren Kierkegaard (1813-1855) y su imperio de la ideología ⑥. La fusión con la fenomenología operada por el existencialismo, en especial en los primeros escritos de Martin Heidegger (1889-1976), también atrajo sus críticas, dirigidas muchas veces a la tan traída y llevada noción de la «existencia autoconsciente» (*Dasein*) ⑦. Siguiendo los pasos de Popper, Gellner aborrecía la «nostalgia de una sociedad cerrada» atribuida a Platón ⑧ y también el idealismo dialéctico de Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), al que consideraba «el más megalómano de todos los filósofos» ⑨.

¿Qué había tras estas embestidas a cabezas tan ilustres? Gellner libraba lo que a todas luces parece una cruzada contra la jerga grupal, la imprecisión factual, la contradicción flagrante y la ofuscación conceptual. Un rasgo compartido es el denominador común de todas estas críticas: el compromiso ardiente e irreductible en favor de un conocimiento abierto, el rechazo total de los sistemas cerrados. En este sentido cabe decir que Gellner era a las ciencias sociales lo que Popper a la filosofía política. En virtud de este legado positivista, Gellner defendía la claridad cristalina, las exposiciones diáfanas. No podía hallar consuelo ni lucidez alguna en las meditaciones de ideólogos farisaicos, fuesen de izquierda o de derecha. Pero el premio por este esfuerzo tenía, sin duda, costes, sustanciados en un cierto grado de contradicción. Y, en el caso del nacionalismo, el coste era un enfoque fuertemente simplificador y sincrético.

No obstante, Gellner también critica el punto de vista ingenuo de Julien Benda (1867-1956) de que los intelectuales «deberían apoyar valores y verdades eternas, desvinculándose de identidades locales, pasiones, intereses y cultos particulares.» ⑩ Pero esta crítica ¿no está en contradicción con el universalismo básico que tantas veces ha dicho defender Gellner? ¿No reniega de esta forma de sus ideales antirrelativistas? ¿O es que en el fondo Gellner no es un universalista sincero? Parece que los ataques se dirigen aquí contra la concepción de un intelectual ideológicamente



② *Anthropology and Politics*, p. 2. Véase asimismo *Postmodernism, Reason and Religion*, Londres/Nueva York, Routledge, 1992 y *Reason and Culture: the Historic Role of Rationality and Rationalism*, Oxford, Basil Blackwell, 1992.

③ *Spectacles & Predicaments: Essays in Social Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, p. 271.

④ "Beyond Truth and Falsehood", *British Journal for the Philosophy of Science*, vol. 26, núm. 4, dic. 1975, pp. 331-342.

⑤ Sartre se llevó las mayores críticas, pero tampoco se libraron, aunque no fueron tan sistemáticamente considerados, André Malraux, Albert Camus y otros.

⑥ Sobre Kierkegaard, véase "Notes towards a Theory of Ideology", *L'Homme*, jul.-dic. 1978, XVIII (3-4), pp. 69-82.

⑦ Para una curiosa crítica de Martin Heidegger, véase "The Nazi Jew-lover", en *Encounters with Nationalism*, pp. 145 y ss.

⑧ *Conditions of Liberty*, pp. 129 y ss.

⑨ "Hegel's Last Secrets", *Encounter*, vol. 46, abril 1976, pp. 33-49.

⑩ *Reason and Culture*, cit., p. 120. Véase asimismo *Encounters with Nationalism*, pp. 47-58.

«puro», una figura profundamente reñida con nuestra terrenal condición humana. Sobre los *clercs* y su *trahison* afirma Gellner: «Fue precisamente su compromiso efectivo con el pensamiento racional lo que les llevó a conclusiones irracionales.»⁴⁵ Es interesante que aplicase esta crítica irónica y desencantada del racionalismo puro como panacea y sistema de creencias últimas precisamente al caso de Wittgenstein. El problema fundamental de Wittgenstein era precisamente que en su juventud había creído tan fervientemente y enteramente en que el lenguaje era uno y universal, y que había principios racionales universales detrás de todo fenómeno humano y de toda empresa filosófica, que la destrucción de esta creencia le condujo a abrazar justamente la visión contraria, esto es, la idea según la cual nada en absoluto *es o puede ser* universal y que la filosofía misma consiste en



una serie de murmullos estruendosos y ruidos estridentes generados por concepciones equivocadas acerca de la naturaleza del lenguaje. Los propios golpes que Gellner propinaba al relativismo implicaban una condena previa de la reacción al fenómeno del que surgía: de manera no diferente al Romanticismo, el relativismo lingüístico aparecía como una respuesta a los rígidos y estrechos límites de la Fría Razón. Era así una advertencia contra la idealización (e idolización) de la razón. De hecho, del desengaño de Wittgenstein nació toda una serie de sistemas cerrados entrelazados y el filósofo vienés no fue sino el primero en ofrecer a «sus seguidores un *ethos* de Comunidad Cerrada... presentado como una percepción supuestamente revolucionaria de la verdadera naturaleza del lenguaje».⁴⁶ Cabe preguntarse si la motivación de este ataque tan feroz era el giro intelectual de Wittgenstein del racionalismo al antirracionalismo y si Gellner albergaba una inquina especial a causa de una traición tan inaceptable al «campo» racionalista. Pero no

era este el caso, a la vista del hecho de que Gellner no era un racionalista-positivista y más bien consideraba el racionalismo cartesiano como un «confinamiento solitario» autoimpuesto.⁴⁷ Aunque frecuentemente Gellner gustaba de oponer a los «irracionalistas» una lectura crítica de René Descartes (1596-1650), no era un neopositivista. Pese a su admiración por el proyecto cartesiano del «conocimiento puro»,⁴⁸ no compartía la fe absoluta en la ciencia. Consideraba, de hecho, que una característica de la ciencia era su profunda insuficiencia, así como «una suerte de amoralidad» o de «embotamiento moral». De la ciencia «no emerge un cosmos acabado, lleno de sentido, fiable». De ahí que la ciencia no pudiese sustituir a la religión. En otras palabras, Gellner no suscribía la confianza de los pensadores de la Ilustración en que la ciencia sería la última salvación y una «nueva religión».⁴⁹

El vehemente deseo de certezas absolutas que muestra Gellner recuerda, parafraseándole a él mismo, el «prometeico» impulso kantiano de «robar el fuego divino» y «no darse por satisfechos con los compromisos y arreglos circunstanciales de los que están hechas las tradiciones específicas».⁵⁰ Esta búsqueda le condujo a una suerte de impaciencia racional o, por decirlo con sus propias palabras, a una apología del «puritanismo ilustrado» o del «racionalismo fundamentalista».⁵¹ De esta actitud podemos derivar su proclividad antirrelativista, acompañada a menudo por un rechazo de los relatos ideográficos y una preferencia por la visión nomotética, definitiva, omniabarcadora y absolutamente clarificadora.

En este sentido, una de las consideraciones menos plausibles de Gellner es quizá su identificación de los nacionalistas como «gemelos de los prometeicos».⁵² No está claro si esto alcanza también al desprecio de estos últimos por el localismo y la tradición, que sin embargo son rasgos prominentes de una de las dos caras del nacionalismo (su cara *Gemeinschaft*, para ser precisos). En la

⁴⁵ *Reason and Culture*, p. 131.

⁴⁶ *Id.*, p. 121.

⁴⁷ *Language and Solitude*, p. 43.

⁴⁸ *Reason and Culture*, cit.; "The Slopes of Certainty", *The New Statesman*, 26 mayo 1978, p. 708 [una versión ampliada, co el título "The Pure Enquirer", se publicó en *Spectacles & Predicaments*, pp. 148-163].

⁴⁹ *Thought and Change*, p. 123.

⁵⁰ *Nations and Nationalism*, p. 132.

⁵¹ *Anthropology and Politics*, p. 2. Véase asimismo *Postmodernism, Reason and Religion*, Londres/Nueva York, Routledge, 1992; y *Reason and Culture. The Historic Role of Rationality and Rationalism*, Oxford, Basil Blackwell, 1992.

⁵² *Nations and Nationalism*, p. 132.

③ Véase *Encounters with Nationalism*, pp. 26-27. Véase asimismo "The coming of nationalism, and its interpretation", en Albert Breton [et al.] (eds.), *Nationalism and Rationality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

perspectiva de Gellner el nacionalismo es, ciertamente, prometeico por su rechazo de los compromisos. ¿Hay que recordar una actitud como la que expresa la fórmula fascista *me ne frego*? En realidad, añadiría, el nacionalismo es prometeico por su intransigencia y adhesión total a un principio universal imperativo, la nación, y no tanto por su búsqueda de certezas últimas y su impaciencia ante las verdades meramente parciales. ¿Acaso no presagia este enfoque un escenario tipo *Nacht und Nebel* (como Gellner mismo caracteriza uno de los «estadios» de la evolución nacionalista)?^③ Tal sería, sin duda, el efecto último de la «simplificación del mapa etnopolítico» a que llevaría el nacionalismo. Finalmente, ¿presagia esta explicación en cierto modo una forma de aceptación de dicha simplificación como tributo a la *Realpolitik*?

No es así, al menos en un aspecto esencial: en su retirada a un individualismo absoluto Gellner mantiene una fe apriorística en la voluntad y el pensamiento humanos individuales como depositarios únicos de valores perennes y de valores últimos (la famosa «auto-determinación» kantiana). Pero el nacionalismo es la empresa antiindividualista *par excellence* y esta vocación no es demasiado fácilmente conciliable con su otra mitad prometeica. Sin embargo, parece que sólo en este sentido puede ser «condenado» y reprobado. No hay crítica a los efectos generalmente perniciosos del nacionalismo en una escala humana más amplia, más allá de la turbación que induce en el juicio individual.

Aunque kantiano de corazón, Gellner no comparte enteramente la creencia de Kant de que el comercio sin trabas acabaría unificando a la humanidad. Precisamente cuando prosperaron las industrias, cuando se desarrollaron las economías y se expandieron los mercados, fue cuando se consumaron —entre las dos guerras mundiales— las tragedias más espantosas de la historia humana, cuando los genocidios, el uso del arma nuclear y las máximas formas de desplazamientos forzados en masa fueron experimentados por los seres humanos.

Sabemos también que Kant, como Hegel y los filósofos más modernos, basaba su propuesta en un dualismo claro. La sociedad humana está dividida en dos campos: los depositarios de una comunidad inmanente, la *cosmopolis*; y aquellos que obstaculizan, ponen trabas o retardan su realización. Esta es básicamente una oposición entre los detentadores de la fe verdadera y los herejes, entre liberadores y opresores^④. Y esta línea de desacuerdo se refleja en la mayor parte de la crítica filosófica de Gellner:

El antiideologismo de Gellner y su aversión hacia la política profana se incardina en la convicción de Kant de que «la posesión del poder corrompe inevitablemente el libre juicio de la razón».^⑤ Gellner, en efecto, creía que el conocimiento debe ser inmune a las consideraciones de poder. El estudio del nacionalismo, por consiguiente, requiere la suspensión de las valoraciones en la búsqueda del conocimiento objetivo. El estudioso «perfecto» debía mantenerse al margen de influencias externas, particularmente de las relaciones e intereses de poder, a fin de estar en condiciones de avanzar en sus propósitos e iniciativas académicas^⑥.

Todos estos aspectos del pensamiento de Gellner aparecen reunidos en su obra *Language and Solitude*. Y por primera vez la relación entre su formación filosófica y su teoría del nacionalismo se hace transparente.

■ Traducción de J. Soler

④ Hedley Bull, *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*, Nueva York, Columbia University Press, 1998, p. 26.

⑤ Hans Reiss (ed.): Kant, Immanuel, *Kant's Political Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, p. 115.

⑥ Por lo que hace a la ciencia social, ya hemos visto la crítica postestructuralista a la supuesta ausencia de valoraciones en los estudiosos y académicos. De hecho, desde los años 70 se admite que todos los estudios en ciencias sociales tienen un sesgo encubierto (y también, cada vez más, abierto).

